

# Jesús Díaz y Le Flore

CADA VEZ QUE JESÚS DÍAZ ME ANUNCIABA SU VISITA A París encontrábamos el tiempo necesario para cumplir el rito de la amistad: tomar una taza de café en Le Flore, legendario local frecuentado por dos cumbres de la literatura francesa: Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. El «Flore» sigue siendo el mismo: nada ha cambiado en su interior y la mesa destinada a Sartre (al fondo hacia la derecha) es aquella sobre la cual el filósofo escribía sus artículos para *Temps Modernes*. En homenaje a Sartre y su amiga Simone, los dos nombres aparecen ahora indicando la plaza situada frente a la iglesia de Saint-Germain-dès-Près.

Esa celebridad literaria atrae actualmente a los turistas japoneses que no cesan de fotografiar los dos cafés. «Flore» y «Les Deux Magots» mantienen una leyenda que prefiero no destruir: aquella de que *todos* los escritores en Francia redactan sus obras en los cafés de París. Y esa leyenda amable nos conducía a Jesús Díaz y a este servidor a rendir homenaje a nuestros colegas franceses de una época de oro (la posguerra) durante la cual los combates literarios entre Sartre y Camus contaban tanto en la vida cultural francesa como los matches de fútbol hoy día.

En su paso por París hace algunos meses, Jesús y yo cumplimos, una vez más, nuestro rito de costumbre: una peregrinación al «Flore» que nos ubicaba fuera del espacio y del tiempo. La conversación seguía su curso como un largo río tranquilo. El silencio formaba parte, también, de nuestro diálogo: símbolo de una verdadera amistad que no necesita la palabra para transmitir afecto y respeto mutuo.

La mirada aguda del escritor se paseaba de un punto al otro de la plaza observando los monumentos históricos, las tiendas de lujo, la gente que deambulaba frente a las terrazas del «Flore» y «Les Deux Magots».

Cuando el diálogo se restablecía, el tema único era aquel de la literatura en general. Dejábamos en suspenso

las preocupaciones de la vida cotidiana, el largo viaje bajo el signo del exilio, las dificultades del oficio, las penas del corazón...

«Somos privilegiados, me decía Jesús. Míranos aquí, sentados al sol en la terraza de este lugar con el cual yo soñaba en mi época de adolescencia. Al lado de todo esto...»

«Todo esto» que él me indicaba con un gesto largo era la plaza, la iglesia, la librería La Hune, las «boutiques de luxe» (Cartier, Emporio Armani..), el bulevar...

Pasado y presente, ausencia y presencia, proyectos futuros y trabajos de ayer, todo se reunía en un sitio mágico, una especie de limbo que nos protegía de las durezas de la realidad. Las agujas del reloj se detenían para permitirnos tomar una «tacita de café» en paz, más allá de los males y la miseria que son la regla general del mundo actual.

El *somos privilegiados* de Jesús significaba, para mí: «somos felices aquí, en este instante de gracia donde todo funciona bajo el signo de la amistad».

Dos escritores venidos de una isla lejana que apreciaban en su justo valor un mismo sentimiento fraternal guiado por el simple hecho de existir.

Esa es la imagen que siempre guardaré de Jesús: un hombre sereno cuya sonrisa expresaba la alegría de vivir.